



Alma Pérez Abella

Psicoanalista. Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

E-mail: almaperezabella@yahoo.com

Resumen

En el presente trabajo nos servimos de la película *Shame* para abordar el tema de las adicciones y su correlativa dificultad a nivel del lazo social. Si bien se trata del caso de un adicto al sexo, la trama permite ubicar, de modo más general, el lugar del síntoma y cómo, en ocasiones, a partir de un imprevisto, el programa de goce ya no se repite igual. En esta vía, se destaca la emergencia del pudor en el momento en que queda al descubierto el rechazo a renunciar al goce autoerótico; la vergüenza, como síntoma de la división, y la angustia que permite hacerle lugar a la pregunta por el deseo. El sujeto, por un rato, parece despertar.

Palabras clave: Adicciones - Goce - Pudor - Vergüenza

Abstract

*In this text the film *Shame* is used to illustrate the topic of addictions and the resultant difficulty in establishing social relationships. Although the story is about a man who is addicted to sex, it is possible to contextualize the symptom and to show how the repetition pattern of pleasure is not longer the same on certain occasions due to the unpredictable. This is how the upsurge of prudishness is noticeable as the rejection to stop auto-eroticism is revealed together with shame as a symptom of division and anguish which makes the character wonder on his wish. The subject seems to wake up for a while.*

Key words: Addictions - Pleasure - Prudishness - Shame

Vergüenza fue el título con el cual se proyectó en Argentina la película originalmente titulada *Shame* (1). Este film, dirigido por Steve McQueen y protagonizado por Michael Fassbender, no es apto para menores, ni es un film atractivo para románticos, o para aquellos que buscan encontrar escenas pornográficas al estilo de las películas triple x. Sus escenas sexuales muestran a sus protagonistas fríos y distantes, donde lo erótico y el amor brillan por su ausencia.

Pero detengámonos en el título para desde ahí leer algunas cuestiones en relación a la subjetividad de la época. A esta película su título le va muy ajustado. Paso a explicar por qué.

El protagonista, Brandon, un hombre de unos 30 años que vive en New York, es un adicto al sexo que se la pasa deambulando entre películas pornográficas, prostitutas, mujeres que se cruza en los bares o en el metro. Pero además, no retrocede en la puerta de un lugar de encuentros homosexuales. Nada lo perturba en sus prácticas cotidianas de sexo express, comenzando sus mañanas con una ducha durante las cuales se masturba. Lejos está de la figura clásica del Don Juan, seductor que enamora mujer por mujer con sus artes discursivas. Aquí, todo comienza y se redu-

ce a su punto final, una mirada sin límite, sin freno y sin palabras.

Para este hombre, solitario y sin demasiadas preguntas, todo marcha. Hasta que aparece una mujer, su hermana Sissy, quién lleva en su nombre la imposibilidad de decir-se no. Es esta mujer, que se dirige a él para pedirle que la ayude a resolver un problema de amor, la que introduce algo nuevo: una mirada que lo provoca, una presencia que lo inquieta. Envuelta en la tristeza y la desolación, con la mirada un tanto perdida y una voz en vías de apagarse, ella canta, mientras él, llora. Y la famosa canción de Sinatra que canta Sissy transmite muy bien el espíritu de la época en la cual se enmarca la película:

*New York, New York.
Quiero despertarme en una ciudad
Que nunca duerme,
Y encontrar que soy un número uno,
El primero de la lista,
El rey de la colina,
Un número Uno.*



La presencia de Sissy en el interior de su departamento, mirando su mundo íntimo, lo sorprende en su goce autoerótico, compulsivo y solitario. Es en el momento en que lo encuentra masturbándose en el baño, cuando se hace presente, en ambos, el pudor y su respuesta sintomática, la vergüenza. Pudor ante el signo evidente que pone al descubierto el rechazo a renunciar a la satisfacción del goce autoerótico. Aparece la vergüenza como testigo de la división. La angustia lo lleva al acting lanzándose casi desnudo sobre su hermana para preguntarle “¿Qué quieres de mí?”

En ese mismo instante, emerge el destello de un deseo. Deseo que vehiculiza el intento de cambiar su vida. Arrebatado, tira a la basura las películas y revistas pornográficas, a la vez que intenta iniciar una relación de pareja con una compañera de trabajo.

Hasta ese momento no aparecía ninguna demanda dirigida hacia otros, para este sujeto, los otros simplemente son cuerpos-objetos a consumir. No hay pasión, y así, con cierto aire desafectado, habita las noches oscuras, aspecto que se trasmite de modo logrado a lo largo de las distintas escenas. Es un sujeto que se encuentra fijado a un régimen de goce, jugando el papel de esclavo ante el imperativo superyoico propio de esta época en donde, la imagen del cuerpo al desnudo, y el sexo sin velo, fascinan.

El sin límite de una mujer, su hermana Sissy, lo confronta con su propio exceso, con la metonimia de su goce masturbatorio, con el vacío en el cual queda atrapado. Correlativamente, esto le permite cada vez ubicar algún trozo de eso que lo atravesaba, lo empuja y lo atormenta.

Brandon y su adicción al sexo se suma a la serie de actividades o sustancias que pueden convertirse en una droga a la cual ser adicto -la cocaína, los fármacos, el juego, internet, los deportes, el trabajo, ir de shopping, etc.- que una y otra vez confirman la tesis freudiana sobre la compulsión a la repetición de lo mortífero, lo que en Lacan será el empuje al goce en la vertiente del sin límite. En el extremo de estas presentaciones, la compulsión aparece descarnada y el consumo trastoca toda posibilidad de generar lazos que incluyan como una de sus coordenadas el amor.

El empuje actual hacia lo nuevo, lo vertiginoso, atrapa aquello que se ofrece como “mejor”, obtura de modo sistemático cualquier posibilidad de que aparezca la falta -condición para el amor- a la vez que impide hacer con el resto. El sujeto termina deambulando, errando, sumergido en el goce del Uno-solo, allí donde no aparece el ser del deseo, tal como lo describe Miller (2).

Llegado al punto cenit de la adicción, el sujeto ya no cree en nada, no cree en ningún Otro, por tanto, toda posibilidad de “amar el inconsciente” resulta absurda.

Pero volvamos a la única escena de la película en la cual su protagonista intenta introducir una leve diferencia en su programa de goce. Invita a cenar a su compañera de trabajo. Allí, en el restaurant, ella le dice que para comprometerse uno tiene que arriesgarse. Pero la condición de esto, como afirma Miller (3) “es empezar por renunciar a gozar solo, a gozar solo del propio cuerpo. Por eso la importancia del amor, si es lo que permite al goce -que podría satisfacerse solo- condescender al deseo”.

E

Notas

(1) Shame – Película británica estrenada en 2011. Dirigida por Steve McQueen y protagonizada por Michael Fassbender y Carey Mulligan.

(2) Miller, J-A. El ser y el Uno. Seminario Inédito. (2011)

(3) Miller, J-A. Los divinos detalles. Ediciones Paidós. (2010)

